

Materiales para tu catequesis con muchachos (VI)

Eduardo MALVIDO

NOVENO MATERIAL CATEQUISTICO: *Canto a la libertad*, de
Labordeta.

CANTO A LA LIBERTAD

(Labordeta)

Habrá un día
en que todos
al levantar la vista
veremos una tierra
que ponga libertad.

Hermano, aquí mi mano
será tuya mi frente
y tu gesto de siempre
caerá sin levantar
huracanes de miedo
ante la libertad.

Haremos el camino
en un mismo trazado
uniendo nuestros hombros
para así levantar
a aquellos que cayeron
gritando libertad.

Sonarán las campanas
desde los campanarios
y los campos desiertos
volverán a granar
unas espigas altas
dispuestas para el pan.

Para un pan que en los siglos
nunca fue repartido
entre todos aquellos
que hicieron lo posible
por empujar la historia
hacia la libertad.

También será posible
que esa hermosa mañana
ni tú, ni yo, ni el otro
la lleguemos a ver,
pero habrá que forzarla
para que pueda ser.

Que sea como un viento
que arranque los matorros
surgiendo la verdad
y limpie los caminos
de siglos de destrozos
contra la libertad.

0. OBSERVACIONES PREVIAS

- Tema: LIBERACION MARXISTA DEL HOMBRE
- Núcleo temático: CULTURA SECULAR
- Momento de tratamiento: 3.º de BUP, primer trimestre
- Referencia del material: LP *Tiempo de espera*, de J. A. LABOR-DETA, discos, «Movieplay».

I. COMPRESION DEL CANTO A LA LIBERTAD

a) Preguntas de análisis

1. *¿Quién es Labordeta?*

—José Antonio Labordeta es un cantautor aragonés contemporáneo. El canto de Labordeta se caracteriza por su melodía sencilla y recia, muy propia para comentar las realidades de la existencia, realidades duras en muchos casos. Entre sus LP nombraremos: «Callar y cantar», «Tiempo de espera», «Cantes a la tierra adentro», y otros. El «Canto a la libertad» pertenece a su LP «Tiempo de espera».

2. *¿Hay alguna estructura en el «Canto a la libertad»?*

—Sí, que la hay. Tenemos el estribillo: «Habrá un día en que todos»... Y tres pares de estrofas, coronados por el estribillo «Habrá un día en que todos». La estrofa «Hermano, aquí mi mano» y la estrofa «Haremos el camino», forman el primer par. El segundo par está integrado por las siguientes estrofas: «Sonarán las campanas» y «Para un pan que en los siglos». Y el tercer y último par por estas dos estrofas: «También será posible» y «Que sea como un viento».

Cada par de estrofas señala algún aspecto de la libertad. El primer par habla de que la libertad es una meta que exige para alcanzarla la colaboración de todos. El segundo par nos describe ya el logro de la libertad, una tierra granada de cuya abundancia se beneficiarán todos, y no sólo unos cuantos. El tercer par sugiere la idea de que no todos los que viven ahora momentos de lucha llegarán a disfrutar de la hermosa mañana de la libertad.

3. *Con las palabras «veremos una tierra/ que ponga libertad», quiere decirnos Labordeta que existe una tierra con ese nombre como existen otras tierras que se llaman «España», «Italia», «Venezuela»...?*

—No. Labordeta habla de nuestro mundo en general y quiere decirnos que algún día la libertad cubrirá todo nuestro mundo, que alguna vez los hombres, todos ellos, serán libres, que no habrá ya más hombres que posean bienes y hombres que no tengan nada, hombres libres y hombres esclavos.

4. *¿Qué significan las palabras «Hermano, aquí mi mano,/ será tuya mi frente»?*

—Son palabras que expresan ganas de colaborar. La «mano» puede referirse a todo tipo de trabajo manual. Y «la frente» al trabajo intelectual. Hay que colaborar de todas las maneras posibles para levantar la tierra de la libertad. Todo es necesario en la tarea común de conseguir la ansiada libertad.

5. *Y las palabras «tu gesto de siempre/ caerá sin levantar/ huracanes de miedo/ ante la libertad», ¿qué quieren decir?*

—La lucha por la libertad produce miedo a los señores y a los esclavos. A los señores, porque temen perder el dominio que tienen sobre los hombres a ellos sometidos. A los mismos «esclavos», porque saben que la lucha por la libertad les acarrearán muchos sinsabores, sobre todo si no logran alcanzarla. Pero si se unen todos, el miedo ante el fracaso desaparecerá. Las palabras que estamos comentando se refieren a este miedo de los que todavía no son libres.

b) Preguntas de síntesis

1. *¿Cuál es la postura del canto ante la libertad: de añoranza, de desesperación, de ira, de seguridad de alcanzarla, de desánimo...?*

—Entre todos estos sentimientos hay que resaltar el de confianza en el éxito, el de seguridad de lograr algún día la libertad para todos.

Los verbos aparecen conjugados en futuro absoluto: «*Habrán un día*», «*veremos una tierra/ que ponga libertad*», «*Sonarán las campanas*», «*los campos desiertos/ volverán a granar*»... La misma música rebosa también seguridad. Es una melodía consistente, sobria y reiterativa. Se diría que sabe adónde hay que ir y cómo hay que andar para llegar a la meta propuesta.

Sólo hay una salvedad en esta confianza con que se espera el futuro nuevo y esplendoroso: la de quiénes van a llegar a dicho futuro. Con enorme realismo, el poeta confiesa: «*También será posible/ que esa hermosa mañana/ ni tú, ni yo, ni el otro/ la lle-*

guemos a ver»... Según Labordeta, no hay duda alguna acerca del advenimiento de un futuro universal feliz. Lo que no se puede afirmar con seguridad es que todos los que en el presente luchan por ese futuro lleguen a verlo. Sobre este particular, Labordeta tiene sus temores. Sólo sobre este particular.

Claro está que el poeta alude aquí al hecho de la muerte de los individuos. Es la gran «pega» que muchos presentan al marxismo cuando habla a los hombres que van a morir de un futuro feliz para los hombres que todavía ni siquiera viven. Escuchemos estos dos testimonios de réplica a las palabras consoladoras del marxismo que nos pinta una humanidad dichosa, pero excluyendo a los individuos de carne y hueso que han hecho posible semejante futuro:

«Sí, creo que la lucha que he llevado a cabo por conseguir un futuro más feliz para la humanidad justifica en cierto sentido mi vida. Pero, ¿qué sentido tiene ese futuro mejor si todos los que han luchado por implantarlo se ven excluidos de él? ¿Qué sentido tiene esa felicidad si solamente puede afectar a la especie humana y no a las personas?»

(Palabras del líder comunista italiano,
De Martino, momentos antes de morir)

¿Por qué he de estar irremisiblemente obligado a amar a mi prójimo o a esa sociedad futura que usted invoca, y que yo nunca he de ver, que no ha de tener noticias mías y que, a su vez, habrá de desaparecer sin dejar huella ni recuerdo (aquí el tiempo nada significa), cuando la Tierra se convierta, a su vez, en un bloque de témpanos y gire en un espacio sin aire, con infinita muchedumbre de análogos bloques y témpanos; es decir, que no cabe imaginar mayor absurdo?

(Dostoyeski, «El adolescente»)

Nuestro poeta y cantor no da en su canto solución alguna al hecho de la muerte de los individuos. Se limita a responder evasivamente: «Habrà que forzar para que esa hermosa mañana de la libertad pueda ser realidad para todos los individuos.»

2. *¿En qué hace consistir Labordeta esa libertad del futuro?*

—Labordeta no se anda por las nubes. No se trata para él de una libertad humana consistente en derechos sutiles, espirituales, idealísticos. Labordeta habla sencillamente de una tierra bien cultivada y que dé de comer a todos los hombres: «los campos desiertos/ volverán a granar/ unas espigas altas/ dispuestas para el pan/. Para un pan que en los siglos/ nunca fue repartido»...

Puede ser que más de uno piense que el concepto que Labordeta tiene de la libertad humana es un concepto demasiado pedestre, bajo. Pero también hay que reconocer que es la base de la libertad. Sin una posesión, trabajo y disfrute comunes de la tierra no puede hablarse de libertad. La libertad presupone igualdad entre los hombres, igualdad de deberes e igualdad de derechos.

También aquí nos encontramos con la mentalidad del marxismo acerca de la libertad del hombre. Una mentalidad que acierta cuando insiste en que no hay libertad posible si unos hombres trabajan la tierra y otros se benefician discriminatoriamente de los frutos obtenidos. Y una mentalidad que se queda corta al limitar la libertad humana a los bienes materiales de la vida. Pero de estos aciertos y desaciertos de la libertad pensada por Labordeta hablaremos en la segunda parte.

II. CONFRONTACION CRISTIANA DEL CANTO A LA LIBERTAD

1. *¿Está el cristianismo tan seguro como Labordeta de un futuro histórico feliz?*

—El cristiano no puede identificar su fe en Dios liberador con el éxito de la justicia dentro de la historia que vive.

Por desgracia, es muy frecuente entre los cristianos pensar que, si son fieles, Dios les tiene que recompensar con una vida llena de felicidad terrena. Así piensan muchos cristianos, tanto a nivel colectivo (España, como «pueblo cristiano»), como a nivel individual (es el caso del hombre «justo»).

Semejante creencia errónea está muy extendida en el Antiguo Testamento. Dentro del Antiguo Testamento se hace depender el futuro feliz o desgraciado del pueblo israelita o de cada uno de los israelitas de su fidelidad o infidelidad a Dios. No encaja con la mentalidad israelita ni el caso del justo-desgraciado ni el del injusto-feliz.

De aquí el escándalo de la figura del «justo sufriente» del Antiguo Testamento para muchos israelitas:

Despreciable y desecho de hombre, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta.

(Isaías 53,3)

También en el Nuevo Testamento nos encontramos con la misma creencia. Los apóstoles no concebían que el Mesías no fuera el gran triunfador terreno. San Pedro no entendía ni aceptaba que Jesús pudiese padecer y morir vergonzosamente:

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!»

(Mateo 16,21-23)

A través de los siglos de la historia de la Iglesia se ha reproducido la esperanza de los cristianos en una intervención espectacular por parte de Dios para humillar a los malos (tanto pueblos como individuos) y premiar a los buenos (ya sean grupos humanos o particulares).

Y, sin embargo, no parece ser éste el auténtico pensamiento cristiano. Esto se ve sobre todo en el caso de Jesucristo. Nuestro Señor Jesucristo luchó para que los hombres se amaran como verdaderos hijos de un Padre común. Y, ¿qué pasó? Pues que tuvo que cargar en carne propia con el mayor de los fracasos de la historia. Dios no intervino en la vida de Jesús reduciendo y sometiendo el poder de los que más se opusieron a su Hijo, sino que, por el contrario, dejó que éstos le quitaran de enmedio. En el caso de Jesús no triunfó históricamente el Justo, sino los injustos.

A la luz de lo sucedido a Jesús, como cristianos, no podemos asegurar ningún futuro histórico feliz:

- porque Dios interviene en la historia humana, pero no «arreglándola» según méritos y pecados de los hombres, sino respetando escrupulosamente la libertad y responsabilidad humanas;
- porque Dios no ha proporcionado una historia feliz ni a su propio Hijo;
- porque Dios es más grande que los hombres y no necesita, como nosotros, hacer depender de una historia dichosa su promesa de felicidad para los hombres.

No hay razones teológicas para esperar en una era histórica de felicidad humana ni tampoco razones científicas.

Labordeta se apoya probablemente en las razones científicas del marxismo para ponernos ante los ojos esa hermosa mañana de la libertad. Pero semejantes razones científicas no existen. El hombre no cambia tan fácilmente como para dejar de ser, una hermosa mañana, el lobo devorador de corderos, o el amo explotador de esclavos. Ni siquiera es previsible que los esclavos dejen de conducirse como sus censurados señores cuando se hagan con el poder. La historia ilustra sobradamente la resistencia de la naturaleza humana a toda transformación profunda.

No, el cristianismo no está seguro de que se alcance históricamente la libertad anhelada. No tiene argumentos «cristianos» para estar seguro. Ni tampoco razones científicas, aunque el marxismo diga tenerlas y Labordeta nos hable de la hermosa mañana de la libertad, basándose en los puntos de vista del marxismo. Hay que ser realistas. Nada de ingenuidades religiosas ni científicas. Y, sin embargo, a pesar de carecer de base religiosa y científica para esperar en una historia llena de éxito, el cristiano debe comprometerse como nadie en las tareas de este mundo. ¿Por qué razón?

Ya hemos dicho que no puede ser por la esperanza en un feliz futuro histórico. La razón que debe impulsar al cristiano es la del amor al hombre por el mismo hombre, porque una tierra rebosante de justicia y de paz está más de acuerdo con la dignidad del hombre que no la desigualdad y la enemistad entre los hombres. Muchos que estarían dispuestos a trabajar por un mundo mejor se niegan a hacerlo al pensar que sus esfuerzos pueden resultar baldíos. «¿Para qué poner un solo dedo en algo que puede venirse abajo?»

Semejante reacción revela falta de aprecio para con el hombre, o falta, en otras palabras, de verdadero amor. Aun en el caso extremo de que este mundo de injusticias y de luchas no tuviese remedio, el sincero amator del hombre no dudaría en lanzarse totalmente a intentar solucionar los problemas humanos. Vamos a aclarar esto con un ejemplo que nos pone J. I. GONZÁLEZ FAUS:

Un matrimonio amigo tiene un niño ciego. Pasada la primera alegría del nacimiento, sobrevino la alarma porque el niño no daba señales de ver. Y tras varios meses de calvario indescriptible para los padres se confirmó el veredicto médico: la criatura no tiene remedio.

El médico ha terminado su misión con este veredicto. Los padres no. Y ésta es la diferencia. Fue preciso tiempo para «tragarse» la realidad; pero como consecuencia del veredicto

se ha multiplicado la entrega al niño, la búsqueda de centros y formas de educación, de vías que posibiliten al chiquillo el descubrimiento de los otros y la apertura a ellos, de pedagogías que eviten traumas en su desarrollo psicológico, de suplencias, etc. Esta búsqueda ha comenzado para los padres y no cesará nunca. En ella se han engrandecido y en ella serán posibles mil remedios y mil avances concretos; pero «el remedio» definitivo, con mucha probabilidad está definitivamente cerrado y los padres lo saben. Su entrega al niño ya no se mueve, como en los primeros días, por la fe-en-la-posibilidad-del-remedio, sino por aquello que es más grande que la esperanza: por el amor al niño. Se mueve simplemente porque es su hijo.

(Ob. cit. en bibliografía, pp. 410-411)

Está claro que el cristiano debe procurar solucionar los problemas históricos, pero el móvil no debe ser el éxito, sino el amor a los hombres y a todo lo que favorezca a los hombres. Puede ser que el éxito se dé por añadidura. El programa cristiano no se caracteriza tanto por los felices resultados históricos que se puedan obtener cuanto por el amor sincero que los cristianos ponen en tal empeño.

Desde este punto de vista, el cristiano puede aportar mucha moderación a los proyectos futuristas que brotan aquí y allá. Tanto en los marxistas como en los humanistas científicos se nota un entusiasmo desbordante de cara a las realizaciones históricas en el futuro. Muchos de ellos hablan con una seguridad que es incompatible con la fragilidad del futuro humano. El hombre descrito por los autores de ciencia-ficción (*Un mundo feliz*, de Aldous HUXLEY; 1894, de George ORWELL, etc.), como el hombre nuevo diseñado por los marxistas tienen en contra suya la naturaleza y la misma historia humanas. Aquí sí que puede decirse que «hay que dar tiempo al tiempo» para conocer cómo va a ser el futuro de la humanidad.

En la canción de Labordeta se nos pinta con trazos firmes el futuro del hombre, como si estuviera ahí delante, a la vista:

«Habrà un día en que todos/ al levantar la vista/ veremos una tierra/ que ponga libertad./ Sonarán las campanas/ desde los campanarios/ y los campos desiertos/ volverán a granar/ unas espigas altas/ dispuestas para el pan./ Para un pan que en los siglos/ nunca fue repartido/ entre todos aquellos/ que hicieron lo posible/ por empujar la historia/hacia la libertad./»

¡Ojalá fuera como lo canta Labordeta! Pero, desde nuestra fe cristiana, debemos denunciar la falsa seguridad con que Labordeta,

y cualquier otro que lo haga en un tono similar, nos habla de una realidad incierta como es el futuro.

2. *¿En que hace consistir Labordeta la liberación humana y en qué la hace consistir el cristianismo?*

—La liberación propuesta por Labordeta en su canto se limita al nivel de la opresión económica, social y política que padece la gente. Labordeta nos dice que una hermosa mañana la libertad será tierra de todos. Ese día no habrá campos que, por ser de unas cuantas manos, se quedan sin ser trabajados y aparecen desérticos, sino que los campos, por ser de todos, se nos mostrarán bien granados. Y, a la hora del reparto, el producto de la tierra será también distribuido entre todos.

Ciertamente, ese futuro cantado por Labordeta supone otra economía, otra sociedad y otra política distintas de las actuales economías, clases sociales y políticas dominadoras y opresoras.

La liberación de la que hablan los versos de Labordeta es una obra grandiosa. Grandiosa, en primer lugar, por sí misma. Que las gentes tengan acceso a los bienes materiales de la tierra, a su elaboración y disfrute es algo que todavía no ha tenido lugar en siglos de historia. Sólo unos cuantos han accedido a esos bienes. Los esfuerzos de esta minoría por seguir siendo ellos los únicos poseedores de los bienes terrenales y las encarnizadas luchas sostenidas por la mayoría para llegar a poseerlos son una prueba contundente de que se trata de una realidad valiosa para el hombre. Y es que el hombre no es un espíritu puro o un ángel, sino una realidad que tiene mucho que ver con el mundo, con las cosas. Grandiosa, en segundo lugar, porque la liberación económica condiciona otras muchas realidades humanas de alta calidad. La esclavitud económica es una negación de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres.

Alguien pensará que estas son ideas marxistas. Claro que lo son. El mérito de Marx estuvo en haber descubierto y subrayado un hecho que venía verificándose siglo tras siglo. Importa poco que el descubridor del hecho se llame Marx o Confucio. Lo que más interesa es el hecho.

Es una pena que los cristianos nos fijemos más en el nombre de la etiqueta de un producto que en el mismo producto. Si antes o más allá de la denominación marxista hubiéramos atendido a la interpretación real de la historia hecha por el marxismo, habríamos aceptado mucho más fácilmente la necesidad de cambiar las

situaciones alienantes de vida en las que nos encontramos los hombres. De verdad, no habríamos caído tanto en el idealismo de descuidar el ámbito histórico y concreto de la vida de los hombres.

Labordeta tiene el acierto de hablar de una libertad humana que, para que tenga lugar, necesita antes que se creen condiciones económicas y sociales diferentes de las que vivimos en el momento presente.

La liberación propuesta por Labordeta, sin embargo, calla algo que también es muy importante, a saber, la actitud del hombre. La liberación cantada por Labordeta se queda en el exterior y en la superficie de la realidad. O Labordeta da por supuesto el cambio automático del corazón humano a medida que se van operando las transformaciones económicas, o no toma en consideración la actitud humana. Creemos que Labordeta yerra en uno u otro caso de la alternativa. El primer caso, porque el corazón humano es una realidad que tiene que ver mucho con el entorno socioeconómico, pero sin identificarse con él. En el segundo caso, porque el hombre, a diferencia de las otras realidades, tiene corazón, una interioridad decisiva, con la que se debe contar para todo.

En este sentido, sí que el cristianismo amplía y profundiza el contenido de la liberación del canto de Labordeta. La fe cristiana no limita la liberación al nivel de opresión económica, política y social que la gente padece. Sino que la hace extensible al nivel de la opresión proveniente de la actitud pecadora de los hombres. Precisamente la opresión económica y social es una manifestación y una concreción del hombre pecador. Pero dicha opresión no agota toda la capacidad del hombre para el mal. Por esta misma razón de la superioridad del hombre respecto de las manifestaciones sociales, el cambio del modo de producción económica no supone sin más el nacimiento de un hombre nuevo.

En el fondo, las diferencias existentes entre el cristianismo y lo que Labordeta dice en el canto acerca de la liberación se explican por el distinto concepto que ambos tienen sobre el hombre. Resumiendo, podríamos decir que para el cristianismo el hombre es una realidad mucho más grande y más maravillosa que para Labordeta. Porque el hombre es una realidad por encima de las realidades económicas, el cristianismo atiende y cuenta preferentemente con el corazón humano. No se contenta con cambiar el desorden de fuera, sino que intenta sobre todo transformar el interior del hombre, su actitud de pecador.

Y como el cristianismo sabe que la conversión del corazón humano es la mayor de las revoluciones posibles, los cristianos recurrimos a Dios para llevar a cabo esa revolución. Nosotros solos no somos capaces de semejante cambio. Necesitamos de Jesucristo, recordar constantemente su línea de conducta, pedirle ayuda para salir de verdad del hombre pecador que somos por nosotros mismos y llegar a ser y a actuar como el hombre nuevo que él quiere y ha posibilitado que seamos.

En la canción de Labordeta no se recurre para nada al Dios de Jesucristo. Puede ser que no se piense en Dios porque no se cuenta con su existencia ni con su acción histórica. Pero creemos poder alegar otra razón más convincente de la ausencia de Dios en el plan de liberación presentado por Labordeta: nuestro cantautor piensa en una liberación económica y nada más que económica, y la piensa desde presupuestos marxistas.

En su proyecto de liberación se echa de menos la gran transformación del corazón humano, la cual los hombres solos no somos capaces de llevar a feliz término. Pero aún hemos de decir algo más como cristianos: ni siquiera esa liberación exterior cantada por Labordeta podrá convertirse en realidad si antes no cambia el corazón del hombre. Ahí está la historia como prueba de lo que decimos: la historia pasada llena de fracasos y de retrocesos y la historia futura poblada de incertidumbre y de ambigüedades. Para la historia, el hombre es más decisivo que cualquier sistema de producción económica. Y para cambiar el corazón del hombre, en su totalidad o parcialmente, hay que contar con Jesucristo. La dignidad y la responsabilidad de los hombres así lo exigen. Sin Jesucristo, el pecado no sólo ha abundado en el pasado (*epístola de Pablo a los romanos* 5,20). También en el presente y en el futuro continuará abundando.

BIBLIOGRAFIA

GONZÁLEZ FAUS, J. I., *Comentario a «Marx y la Biblia»*, de J. P. MIRANDA, en el libro de González Faus, *La teología de cada día*. Ed. Sígueme, 1976, páginas 401-418; o bien en el comentario de González Faus sobre el libro de Miranda, aparecido en la revista *Actualidad Bibliográfica*, 10 (1973), páginas 385-399.

GUTIÉRREZ, Gustavo, *Teología de la liberación*. Ed. Sígueme, 1972, págs. 62-69: *El tema de la liberación en una perspectiva teológica*.